



OBRAS  
MISIONALES  
PONTIFICIAS  
ARGENTINA

El mundo de hoy es un mundo interconectado y en movimiento constante: los medios de transporte y comunicación, las redes sociales y las migraciones masivas motivadas tanto por razones económicas, como políticas y climáticas hacen de nuestro mundo un espacio multicultural. Ya no necesitamos viajar miles de kilómetros para encontrar gente de otras culturas; por el contrario, hoy día son parte de mi propio vecindario, de mi escuela, de mi equipo de trabajo, de mi parroquia.

Este cambio es un hecho que impacta, enriquece y desafía directamente nuestra comprensión y horizonte de misión Ad-Gentes pues, sin anular el envío de Jesús de "ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura" (Mc. 16,15), nos llama a vivir la relación con lo diverso desde nuestra propia cotidianeidad. Es más, esta misma diversidad la encontramos hoy en muchas de nuestras comunidades y de los mismos grupos y equipos misioneros. Los miembros pueden provenir de regiones geográficas diferentes dentro de un mismo país o directamente de distintos países o continentes. Las diferencias pueden incluir el idioma o ser generacionales y hasta teológicas.

En teoría, la diversidad nos enriquece y los distintos puntos de vista y experiencias, tendrían que hacernos más abiertos y fructíferos en nuestro trabajo misionero. En la práctica, sin embargo, crear relaciones simétricas (de igual a igual) mutuamente enriquecedoras y desafiantes entre personas de distintas culturas es uno de los mayores obstáculos con los que se encuentran los misioneros y misioneras que hoy quieren responder a la vocación Ad-Gentes.

# Interculturalidad y Misión ad gentes





En lugar de ser testigos del Evangelio, el conflicto interno en nuestras comunidades parroquiales y misioneras puede ser, en la actualidad, un antitestimonio de la Buena Nueva. El Papa Francisco dice a este respecto en su encíclica *Evangelii Gaudium*:

"Hoy se puede advertir en muchos agentes evangelizadores, aunque oren, una acentuación del individualismo, una crisis de identidad y una caída en el fervor. Son tres males que se alimentan entre sí" (78). "Terminan ahogando su alegría misionera" (79). "Por ello me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diferentes formas de odio, divisiones y calumnias, difamaciones, venganza, celos ... ¿A quién vamos a evangelizar con estos comportamientos?" (100).

Parafraseando nuestro dicho popular, podemos entonces afirmar que la Misión Ad-Gentes, bien entendida, hoy más que nunca "empieza por casa". ¿Vemos la diversidad que nos rodea en nuestros propios ambientes y contextos? ¿Somos conscientes de los prejuicios y estereotipos culturales que internalizamos en nuestros propios grupos de pertenencia? ¿Nos posicionamos desde una falsa superioridad o una paralizante inferioridad en las relaciones con gente de otras culturas?

Nuestra fe en Dios Uno y Trino nos moviliza en nuestro tiempo a re-imaginar la Misión Ad-Gentes desde la toma de conciencia de las múltiples "otredades" y fronteras culturales que nos rodean como un llamado a la creación de espacios alternativos que generen mutuo respeto, crecimiento y enriquecimiento entre personas que son diferentes. Desde esta fuente y horizonte que nos da nuestra fe, este artículo trata de esbozar la relevancia de las diferencias culturales y, al mismo tiempo, mostrarnos la potencialidad de abordar sus trampas y complejidad como una oportunidad única de crecimiento como seres humanos y de conversión como personas de fe llamadas a vivir la unidad en la diversidad en la semejanza del Dios Trinidad.

### **Las culturas que nos habitan son "tierra sagrada"**

Todos y todas tenemos cultura, pues la podemos definir como la sabiduría acopiada de una comunidad viva. Nuestras culturas respectivas son el resultado de la forma en que nuestros antepasados respondieron a las necesidades físicas, sociales e ideacionales en un determinado lugar y tiempo. Estas experiencias y conocimientos están contenidas en creencias, principios morales, mitos, proverbios, historias, rituales y símbolos. La mayor parte del aprendizaje de nuestra cultura es inconsciente y por imitación, pero es tan importante y vital que no solo proporciona pautas de comportamiento para sus miembros, sino que da sentido y valor a los integrantes de cada uno de esos grupos culturales a través de los cuales vamos construyendo nuestra identidad y sentido de pertenencia.

Una imagen ampliamente utilizada para entender los desafíos más comunes de la comunicación intercultural es la del témpano de hielo. Solo una pequeña parte de la cultura, como el iceberg, es visible en la superficie. La parte visible y material de la cultura es lo que vemos y conocemos: idioma, vestimenta, comidas, bailes, música, objetos artísticos, etc. Pero el 90% de los componentes culturales permanecen ocultos bajo el "nivel del agua": formas más o menos colectivas o individuales de organización, formas de entender y mostrar "respeto", estilos más o menos directos o indirectos de comunicación, modos de relacionarse con la autoridad, distribución de roles, formas de resolución de conflicto, valores más o menos centrales, espiritualidad y relación con lo sagrado, entre tantos otros.

Esta área inmaterial e invisible puede ser confusa cuando el misionero/a se sumerge en una cultura diferente a la suya, pero también lo es cuando miramos nuestro "propio mundo cultural" que sólo logramos conocer en cuanto y tanto entramos en contacto con el, la, lo "otro". Una de las características propias de la cultura es que sólo se conoce por comparación. Hasta que no "salgo" de lo mío, no conozco ni siquiera lo propio pues, al estar inmerso/a en las mismas "aguas culturales", pienso que mi visión y mis formas son "lo normal". En este sentido, se afirma que todas las culturas son etnocéntricas en grados diversos: la tendencia natural es que miremos y juzguemos a los demás como si fuéramos el centro convirtiendo nuestros propios códigos y normas culturales en la norma y medida de lo "normal".

Como misioneras y misioneros, la interculturalidad es un acto de fe en la presencia de Dios en todas las culturas y una confesión de la limitación de nuestras estructuras humanas. Ninguna cultura es perfecta y, en este sentido, en el encuentro con lo diverso todos y todas tenemos no solo algo para dar sino también algo para dejarnos enseñar y así crecer hacia una visión más amplia del sentido de la vida y de la presencia y el Amor salvífico de Dios en nuestro mundo.

## La interculturalidad es un camino intencional

La interculturalidad es una opción por la diversidad, pero esta opción no es una decisión que se hace una vez para siempre sino que se trata de un camino y un proceso de apertura gradual. Este proceso no se da solo por el hecho de convivir o compartir espacios entre personas de diferentes culturas, sino que se trata más de dar pasos intencionales que buscan salir al encuentro y que se dejan encontrar por lo diferente.

Milton J. Bennett creó un Modelo de Desarrollo de Sensibilidad Intercultural (en inglés, Developmental Model of Intercultural Sensitivity, DMIS) como un marco para explicar este proceso a través de seis etapas evolutivas. Cada una de estas etapas se fundamenta sobre las anteriores. Tres de estas etapas son etnocéntricas (negación, defensa y minimización) y tres etno-relativas (aceptación, adaptación e integración).



<https://prezi.com/fx3kllvmd11u/modelo-de-desarrollo-de-la-sensibilizacion-intercultural/>

Este modelo nos puede ayudar a preguntarnos y reflexionar cómo nos posicionamos frente a la diferencia, al otro/otra diversos, tanto a nivel personal como comunitario, grupal o social. Transitar este camino gradual de apertura es un proceso de crecimiento humano y social y también es, desde una mirada de fe, un camino de conversión que nos va integrando en la dinámica radicalmente inclusiva del Reino de Dios según el estilo de vida que modeló nuestro Señor Jesús.

### Interculturalidad como camino de conversión personal, eclesial y social

Jesús de Nazareth, al encarnarse, nació y se crio en una cultura específica. Era un judío que hablaba arameo palestino y estaba condicionado por una forma semítica de hablar y pensar. Jesús se vistió, rezó, enseñó y argumentó como un rabino judío. Su vida, misión y enseñanza estaban totalmente arraigadas en esa cultura e identidad específica. El evangelista Juan lo expresa muy claramente, "el Verbo se hizo carne" (Juan 1,14). Esta simple pero profunda afirmación indica que la Palabra encontró expresión humana en la cultura judía.

Como nosotros, el Verbo encarnado tuvo que enfrentar su etnocentrismo y tomar distancia, convertirse, de las diversas formas de exclusión y barreras que su cultura le había enseñado para alinearse con el plan todo-inclusivo de Dios para la humanidad. De hecho, sabemos que la misión de Jesús fue principalmente para su pueblo y normalmente tuvo lugar dentro de su territorio, Él no viajó a tierras lejanas ni aprendió idiomas extranjeros, dijo claramente que "fue enviado solo a la oveja perdida de la casa de Israel" (Mateo 15, 24) y cuando envió a los Doce en misión les ordenó "alejarse de los gentiles y no ir a ningún pueblo samaritano" (Mateo 10, 5).

Sin embargo, también sabemos que Jesús curó tanto a judíos como a gentiles y que compartió tanto con extranjeros como con marginados. Los estudios bíblicos actuales nos demuestran que -contrariamente a las costumbres de su época- invitó también mujeres a ser sus discípulas. En el relato del Evangelio según San Mateo 15,21-28 podemos ver cómo se dejó "convertir" en el encuentro y confrontación con una mujer cananea después de dejarse llevar por el estereotipo cultural que trataba de "perros" a los extranjeros. Admiró su fe tanto como la del centurión romano, ¡bajo cuyo gobierno estaba sometido el pueblo judío en el momento del nacimiento de Jesús! (Mateo 8,5-13).



En otro relato de interacción con extranjeros vemos a Jesús buscando espacios nuevos y alternativos de encuentro y diálogo teológico e interreligioso con la mujer samaritana: Dios ha de ser adorado en espíritu y en verdad, ya sea en el templo (como afirmaban los judíos) o en la montaña (como reclamaban los samaritanos). Y en una de sus parábolas más conocidas (el buen samaritano), Jesús incluso utilizó a los enemigos históricos de su pueblo como modelo ejemplar.

En el relato de esta parábola según San Lucas 10,25-37), Jesús está realmente respondiendo a la pregunta de un abogado "¿Quién es mi prójimo?". El quid de la parábola ocurre con la introducción del samaritano que, contrariamente al sacerdote y al levita que tradicionalmente se pensaba que eran justos, fue el único que se comportó a la altura de la difícil situación de la víctima tirada al costado del camino. ¡Tal caracterización de su enemigo cultural debe haber sido un shock para la audiencia de Jesús!

Con la parábola, Jesús lo desafió a cruzar los límites de su posición privilegiada y seguir una lógica contracultural. En lugar de reforzar las fronteras religiosas, culturales y nacionales delimitando cuidadosamente la categoría de "prójimo", Jesús desafió al abogado y llamó su atención sobre las víctimas del sistema, los excluidos. ¿Qué los hace invisibles para el sistema? Además, ¿qué tipo de racionalizaciones religiosas impidieron una respuesta compasiva de los funcionarios del templo? Estas preguntas se refieren a cuestiones tan arraigadas en las culturas que son muy difíciles de ver cuando las vivimos "desde dentro"; ya sea por puro miedo o por los puntos ciegos que tiene toda cultura.

A continuación, Jesús presenta al samaritano, uno del "grupo de ellos / extraños", como el ejemplo a imitar. Los ojos del "otro" amplían nuestra visión y nos permiten ver lo que nuestros lentes culturales, el sistema en el que crecimos, nuestros estereotipos, nuestros prejuicios patriarcales, etc., nos ocultan. La sensibilidad intercultural y el compromiso profético con las víctimas de nuestra estratificación social van de la mano.

La misión de Jesús a los marginados de su sociedad fue clara desde el principio. Sin embargo, fue en el encuentro con el "extraño", como la cananea o la Samaritana en el pozo, donde Jesús fue desafiado a aclarar y ampliar su propia identidad y, por tanto, su visión del Reino de Dios. Ambos encuentros iniciaron un enfrentamiento y un diálogo que llevó a Jesús y, en estos casos a las dos mujeres, a cambiar y crecer más allá de sus propios límites.

Tenemos encuentros similares experimentados por los primeros cristianos como se narra en el libro de los Hechos: Felipe y el etíope (8,26-40), Ananías y Pablo (9, 10-19), Pedro y Cornelio (10,1-49). Sólo cuando la Iglesia naciente se convenció finalmente de que "Dios no muestra favoritismos, sino que acepta de todas las naciones al que teme [a Dios] y hace lo que es correcto" (10,33-34), la historia de la comunidad cristiana emergió con toda la fuerza y vitalidad del Espíritu Santo.

El contexto de nuestro mundo y nuestra Iglesia hoy nos vuelven a colocar en similar encrucijada. El envío de Jesús de salir Ad-Gentes y dejarnos desafiar por el "otro/otra" diferente, es más actual que nunca. Sin embargo, como se mencionó más arriba, la opción de estar abierto a encontrarse con el "extraño" no es una opción que se toma una sola vez para siempre. No lo fue para la Iglesia (¡ni siquiera en sus inicios según los relatos del libro de los Hechos de los Apóstoles!) Y tampoco lo es para el discípulo/a individual. Es al mismo tiempo una opción radical y un proceso gradual. Pero en el mundo y la Iglesia de hoy es una opción que no se puede retrasar.

**Hna. Adriana Milmanda SSpS**

